

## CAPITULO X.

## Lo que inspira la desesperacion.



MOCTEZUMA al ofrecer á Hernan Cortés no abandonar el cuartel de los españoles y velar por la seguridad de los que allí quedaban representándole, si bien es verdad que temia las consecuencias de aquel combate en que iba á verse empeñado su huésped y amigo, por lo que le habian hecho creer, tambien era cierto que en el fondo de su alma se despertaba un deseo vehemente de sacudir el yugo que le oprimia.

—Es cierto, se decia, que he dado mi palabra de no abandonar este asilo; que si lo abandono, y Hernan Cortés vuelve triunfante, tendrá derecho para exigirme responsabilidad por haber faltado á mi palabra; que si es vencido, y su adversario llega hasta aquí con mayor número de tropas, me tratará con ménos consideracion.

Pero si yo, entre tanto, pudiera recuperar el prestigio que tenia entre mis vasallos, reunir mis tropas y defender mi territorio, ¿no cumpliria con mi deber de soberano?

¿Por ventura los dioses no se habrán apiadado ya?

¿No he hecho cuantos sacrificios he podido para alejar su enojo?

Tales eran los pensamientos que animaban al emperador de México al saber que partia hácia Zempoala Hernan Cortés.

Acaso hubiera intentado realizar aquellos deseos, si Marina, atenta siempre á conservar los triunfos alcanzados por su aman-

te, no hubiera aprovechado todos los momentos oportunos para hacer compañía á Moctezuma, fingiéndose más interesada por su bien que por el de los españoles sus protectores.

Cuando Marina penetraba en el aposento de Moctezuma y le pintaba las grandezas de la nacion de los españoles; cuando le recordaba el carácter enérgico, el corazon generoso, las proezas que habia llevado á cabo Hernan Cortés, se sentia el monarca subyugado por la jóven india, y renunciaba á sus propósitos.

Pero si él podia conformarse con su suerte, y olvidando su grandeza, se resignaba á ser en su propia nacion prisionero de unos extranjeros, no sucedia lo mismo á sus vasallos, que estaban indignados al ver cuánto se prolongaba la estancia de los españoles en su territorio.

En las conversaciones se notaba el espíritu que dominaba por entónces.

—¿No vinieron, decian, á traer una embajada al emperador de parte de su rey? Pues si eso es cierto, si han sido recibidos con tantos honores, ¿por qué no se alejan?

—Y si se marcha el jefe de los extranjeros con parte de sus tropas, ¿por qué deja aquí á algunos de sus soldados?

No podian explicarse este problema.

Es verdad que Ilbialbi habia hecho circular la voz de que un numeroso ejército de los españoles iba á llegar á México para castigar al emperador y á los mexicanos por haberse negado al principio á recibir á los extranjeros.

Pero si Hernan Cortés salia á disipar la creencia que habia obligado al rey de los españoles á enviar aquellas fuerzas contra los mexicanos, si estaba satisfecho de la acogida que le habian dispensado, ¿por qué quedaba en su poder Moctezuma?

Es muy doloroso para un pueblo que tiene amor á su independencia, que un puñado de extranjeros pueda dominar á su rey; y la certeza, y la seguridad de un hecho de esta especie, alarma á los más pacíficos.

Los mexicanos, pues, no estaban conformes con que los españoles residiesen todavía en la ciudad, y ménos con que Moctezuma se obstinase en permanecer á su lado.

Fomentaban el disgusto general los teopixques ó sacerdotes, que estaban indignados al ver que el mismo emperador les habia prohibido los sacrificios humanos en las festividades religiosas.

Aquello era un atentado á su religion.

Por otra parte, no podian consentir que en la misma ciudad donde se rendia culto á sus ídolos se hubiese destinado un templo para la adoracion de los ídolos de los españoles.

Viendo los sacerdotes que la debilidad que se habia apoderado del monarca le incapacitaba para seguir rigiendo los destinos del país, fijaron desde luego sus ojos en el que debia ser su inmediato heredero, y procurando á toda costa, primero deshacerse de los españoles, despues llevar á cabo sus intrigas para acabar de una vez con aquel soberano, que tan indignamente abandonaba su pueblo.

Aherrojado Cacumatzin y odiado por todos à causa de su carácter indómito, siendo en extremo jóvenes los hijos de Moctezuma, natural era que heredara el trono el príncipe de Iztacpalapa, primer elector del imperio, y unidos por los vínculos de la familia con el emperador.

Convenia á los sacerdotes aquel monarca, porque habia dado pruebas de una gran debilidad de carácter, porque estaban seguros de que los que influyeran en su ánimo serian los soberanos del país.

Guacolando, el ministro favorito de Moctezuma, que hasta entónces le habia sido fiel, viendo eclipsarse por momentos la estrella de su protector, entró en negociaciones con el príncipe de Iztacpalapa.

En tanto que los teopixques fomentaban en los mexicanos el odio hácia los españoles, Guacolando y el príncipe de Iztacpalapa buscaban los medios de resolver el problema objeto de todos sus deseos.

—¡Qué tristes dias han sucedido á aquellos venturosos, en los que el imperio de México era la admiracion y la envidia de todos cuantos tenian noticia de él! exclamaba Guacolando en presencia de Quetlahuaca.

—Moctezuma, respondia éste, no debió nunca consentir que los extranjeros pusieran aquí su planta.

—Bien sabeis que hizo los mayores esfuerzos para impedirlo; pero consultó á los oráculos, y los oráculos declararon que necesitaba expiar sus culpas.

—¿Y es justo que sufra un pueblo las consecuencias de las faltas de su monarca?

—No es justo.

—Y sin embargo, México las sufre. Los españoles han entrado en la ciudad, y diga lo que quiera Moctezuma, se han apoderado de él, porque no se concibe que por su propia voluntad viva un rey alejado de su pueblo.

—Ya veis ahora lo que pasa, repuso Guacolando.

Hernan Cortés ha partido.

Un insignificante número de españoles defienden la morada que con tanta largueza les cedió para habitar en ella nuestro emperador.

Y sin embargo, cuando Hernan Cortés estaba aquí, Moctezuma salia á los templos, recibia á sus amigos, á sus consejeros.

Y ahora, ahora, vive encerrado, no sale nunca del cuartel de los españoles, y hasta la misma emperatriz se queja del desvío con que la trata, no permitiéndola sino de tarde en tarde que vaya á verle y que lleve á sus hijos.

—Los españoles le han hechizado.

—¿Y es posible que pueda consentir un pueblo que dirija sus destinos un hombre que se halla bajo la influencia de sus adversarios? exclamó el príncipe de Iztacpalapa.

—Los mexicanos están indignados de su conducta.

Dentro de poco será difícil contenerlos.

Creedme, príncipe de Iztacpalapa, el trono os pertenece de derecho.

Es necesario aprovechar la ocasión en que el jefe de los extranjeros esté fuera, para exigir de Moctezuma que abdique en vos todos sus derechos.

—No soy ambicioso; puedo esperar con calma á que llegue un día en que el pueblo ciña á mis sienes la corona, y aunque conozco que necesita pronto un nuevo soberano, no seré yo quien conspire contra Moctezuma.

—Sois bueno, sois leal.

—Cumpló con los deberes que me impone mi corazón y los lazos que me ligan con el monarca, repuso el príncipe.

—Pues así no es posible vivir: hay que buscar un medio.

El pueblo pedirá mañana que el emperador abandone su prisión y se traslade á su palacio á gobernar como gobernaba hasta que llegaron los españoles.

—¿Creeis que lo pedirá?

—Estoy seguro de ello.

—Pues bien, dijo el príncipe; en ese caso, lo que procede es que vayais á ver á Moctezuma, que le pinteis la situación de sus vasallos, la ansiedad que experimenta su alma por ver otra vez libre y grande á su rey.

Si esto le mueve á romper las cadenas que le sujetan, si se libra, siquiera sea por un momento de la fascinación de esos hombres, todo se habrá salvado.

Guacolando comprendió que en efecto debía dar aquel paso antes de tomar una resolución extrema, y al día siguiente fué á ver á Moctezuma.

## CAPITULO XI.

### Quando la mujer quiere...



A noche anterior al día de la entrevista de Guacolando con Moctezuma, había Marina fascinado con su conversación al monarca.

—Aun á riesgo de ser indiscreta, le dijo, voy á revelaros un secreto.

—¿Cuál? preguntó con curiosidad el monarca.

—Antes de partir Hernan Cortés, reconociendo que su rey es heredero legítimo del imperio de México, por ser descendiente del gran Quetzalcoatl, declarasteis solemnemente que pasaría á sus sienes vuestra corona.

Pues bien; al hablar Hernan Cortés con sus capitanes de este suceso, les dijo que era casi seguro que al saber el rey de los españoles vuestra determinación, mandase una gran embajada para buscaros, con el objeto de que fuérais á su reino y se os tributaran en él grandes honores.

Después de pronunciar estas palabras, le hizo pinturas magníficas del país de los españoles, embelesando con ellas al monarca.

Aquella noche no pudo ni aun en sueños apartar de su imaginación la idea del triunfo y la ovación que le preparaba el rey á los españoles.

Todavía se hallaba bajo esta impresión, cuando se presentó Guacolando á su vista.

Para preparar el ánimo del monarca á la resolución que deseaba obtener, se presentó á sus ojos azorado.

—¿Qué tienes, mi fiel Guacolando? le preguntó Moctezuma.

—¡Ah, señor! ¡Cuántas desgracias nos amenazan!

—¿Pues qué sucede?

—Tiemblo solo al pensar que no tengo más remedio que reveláros las.

—Habla; me pones en cuidado.

—Los mexicanos, señor, están profundamente afligidos, y su pena avanza rápidamente á la desesperacion.

—¿Por qué causa?

—Porque no pueden conformarse con la idea de que vivais léjos de vuestro palacio, de que no asistais como ántes á las audiencias, de que no os presentais en público, de que no salgais á los templos, de que no comais en su presencia como otras veces, dándoles muestras del aprecio que os inspiraban.

Este alejamiento en que vivís de ellos, les hace creer que estais prisionero, y que si vivís de esa manera es porque os lo exigen así los españoles, y la indignacion contra ellos se aumenta de dia en dia, hasta el punto de inspirar cuidados, porque será difícil contenerlos.

—No, Guacolando, no estoy preso, repuso el monarca; estoy aquí por mi voluntad, y si en la ausencia de Hernan Cortés vivo más retirado que ántes, es por que de este modo quiero mostrar que no es la fuerza lo que me domina, sino el deseo de no dejar un átomo de duda siquiera acerca de mi lealtad á los españoles.

—¿Y qué motivo, señor, os impulsa á obrar de esa manera?

—¿Por ventura ignoras que son los descendientes del gran Quetzalcoal, que mi corona y mi cetro no me pertenecen, porque eran de aquel insigne varon que nos abandonó, y cuya descendencia debe ocupar el trono?

Guacolando, tú eres mi fiel amigo, á tí puedo confiarte mis más secretos propósitos.

Cumpliendo mi deber, he decretado que á mi muerte herede el trono el rey de los españoles.

—¿Qué habeis hecho, señor? exclamó vivamente Guacolando.

—Ya te lo he dicho: cumplir con mi deber.

—Si el pueblo sabe eso, su desesperacion será mayor.

—Poco me importa que lo sepa.

—Al ménos, complacedle para apaciguarle: abandonad este racinto, salid como ántes, trasladaos á palacio.

—Mientras Hernan Cortés esté ausente, no.

—Ved, señor, que será muy difícil calmar los ánimos que están exacerbados.

—Mi palabra, si es necesario, los calmará.

—Temo que no.

—De cualquier modo, mi resolucion es irrevocable.

Viendo Guacolando lo inútil de sus esfuerzos, y sabiendo además la resolucion que habia tomado Moctezuma, se resolvió á buscar en la violencia el medio de devolver á México la paz y el esplendor de otros dias.

Inmediatamente fué á ver al príncipe de Iztacpalapa, y le refirió el resultado de su entrevista con el emperador.

El príncipe:

—Hemos hecho cuanto podíamos hacer, dijo; cúmplase ahora la voluntad del pueblo.

Guacolando se dirigió al templo mayor, y conversó con los teopixques más influyentes.

Todos convinieron en que era necesario aprovechar los momentos para defender á México del conflicto que le amenazaba.

A la noche siguiente hubo en el templo una gran reunion, á la que asistieron, no solo los sacerdotes, sino los príncipes más notables del imperio.

El príncipe de Iztacpalapa se abstuvo de asistir.

Guatimotzin se encontraba en Tacuba, y conociendo todos su carácter, no le llamaron.

Guacolando expuso en aquella reunion misteriosa todo lo que pasaba.

Un grito unánime partió de aquella asamblea.

Todos convinieron en que era necesario sorprender à los españoles, destruirlos, librar à Moctezuma de su opresion, exigirle que volviera à su palacio, y si resistia á ello, destronarle y poner la corona en las sienes de Quetlahuaca.

—Una ocasion favorable se nos presenta para realizar nuestro plan, dijo Guacolando. Dentro de breves dias tenemos que celebrar una de las grandes festividades del imperio.

No habreis olvidado que de cincuenta en cincuenta años se entrega el pueblo á grandes festejos, celebrando en honor de sus dioses las fiestas *mitotes*.

Como siempre, asistirán todos los mexicanos á la gran plaza de Tlatelulco.

Los españoles acudirán por curiosidad á presenciar nuestros festejos.

Nada más fácil entónces que levantar nosotros nuestra voz, y capitaneando á los mexicanos, sorprender á los extranjeros, luchar con ellos y no dejar uno vivo.

Todos aprobaron el proyecto.

—Pero es preciso que no sospechen nada, dijo uno de los conjurados.

—El mejor medio de conseguirlo, es simular hácia ellos gran respeto, pidiéndoles permiso para celebrar esa fiesta.

—Tambien debemos exigir á Moctezuma que asista á ella.

—Eso desde luego.

—Al verse entre sus vasallos sacudirá el yugo, recordará su antigua gloria, y se unirá á nosotros para libertar á su pueblo.

Todos convinieron en realizar aquel plan, y llevarle á cabo con el mayor sigilo.

Algunos dias despues Guacolando volvió á ver al emperador.

—No ignorais, señor, le dijo, que se acerca el dia en que debemos celebrar los *mitotes*.

Tal vez concediendo al pueblo ese dia de alegría lograreis calmarle.

Pero como nada queremos hacer que os disguste, y como sabemos que guardais tantas atenciones á los españoles, hemos resuelto que le manifesteis nuestro deseo de pedirles licencia para llevar á cabo esa funcion.

Alegró en extremo á Moctezuma la humildad con que habla Guacolando, y aquel mismo dia llamó á Pedro de Alvarado para comunicarle el deseo de su ministro.

Alvarado, como era natural, se dió tono y declaró al monarca que al dia siguiente recibiria á los encargados de pedirle licencia.

Acudieron éstos, y aquella ceremonia sirvió á los teopixques para avivar más y más en el corazon de los mexicanos el odio que sentian hácia los españoles.

—¡A qué extremo hemos llegado! les decian. Para celebrar una de nuestras grandes fiestas, tenemos que pedir licencia á los extranjeros, y el mismo Moctezuma, nuestro emperador, es el primero que consiente en que arrostremos esta humillacion.

Semejantes palabras avivaron más y más el rencor de los mexicanos, y todos aceptaron con júbilo la idea de convertir la fiesta en hecatombe de los extranjeros.

Alvarado recibió á los ministros tratándoles con altanería, y respondió á su súplica diciéndoles:

—Os concedo permiso para que celebreis esa fiesta, seguro de que no altereis el órden; y tengo esta seguridad, porque si lo alteráseis, bastarian las fuerzas que tengo para sofocar cualquiera insubordinacion.

Desde aquel dia comenzaron á hacerse los preparativos para la gran solemnidad.

Marina estaba pensativa.

No comprendía aquella humildad, aquella mansedumbre de parte de los mexicanos, y se propuso observarlos.

Una de las órdenes que habían recibido los mexicanos, era ir depositando poco á poco sus armas en las casas del barrio más próximo al cuartel de los españoles para apoderarse de ellas en un momento dado.

Marina llegó á saberlo y lo comunicó á Alvarado.

## CAPITULO XII.

### Una emboscada.



A pesar de los esfuerzos que hacian los teopixques para resolver á los mexicanos á combatir contra los españoles, éstos, que deseaban el combate, se resistian sin embargo, porque para ello no habia perdido aún todo su prestigio Moctezuma, y no faltaba entre ellos quien manifestase que atacar á unos hombres á quienes prodigaba el emperador, era lo mismo que rebelarse contra él.

Dadas las condiciones del pueblo mexicano, esta rebelion era difícil.

—Consentimos en ayudaros, dijeron á los que capitaneaban por grémios á los mexicanos, si Moctezuma asiste á las fiestas y nos autoriza á combatir para defenderle.

En vista de aquellos escrúpulos, convinieron los conspiradores en ver de nuevo á Moctezuma y suplicarle que asistiera á la fiesta.

Habia poderosos motivos para que el pueblo se disgustase si dejaba de asistir.

Guacolando se encargó de conferenciar con el emperador y los expuso.

—Ya sabeis, señor, dijo, que la fiesta que debe celebrarse solo tiene lugar de cincuenta en cincuenta años y que hasta ahora nunca ha faltado á ella el soberano de México en cuyo reinado ha tenido lugar.

Si vos faltais, el pueblo lo interpretará como un desprecio, y